

Amamuno

Hierocardioid
- Hierocardia crucia



(Obarakona)
Publicidad 5-85
Julio 1917

A favor de las gravísimas circunstancias porque está pasando la patria, ha pasado sin el debido comentario, y sin más que algunas aisladas protestas, un hecho que demuestra bien a las claras lo que más de una vez hemos dicho a los nacionalistas catalanes, regionalistas y autonomistas, y es que no fien nada del bizkaitarrismo que de autonomista y nacionalista no tiene nada, pues nada tiene de liberal ni pasa de ser un movimiento—o más bien una quietud—sensiblero y litúrgico y tendente a sumergir al noble y viril pueblo vasco en la más incivil y más vergonzosa memez.

Nos referimos a la grotesca ocurrencia de la Diputación provincial del antaño Señorío y hoy provincia de Vizcaya, de consagrar ésta al sagrado corazón de Jesús.

El culto al sagrado corazón de Jesús no sólo no es una institución cristiana—más bien anticristiana—pero ni siquiera católica; el culto al sagrado corazón es una ocurrencia jesuítica y de origen extranjero en España. Ni siquiera nació del jesuitismo español, del indígena, del castizo, del leyoiano. El culto al sagrado corazón es una superstición materialista, de aspecto monástico, que parece ideada a posta para fomentar entre nosotros la mentalidad, o más bien la dementalidad tibetana.

Cuando éramos niños, allá en nuestro pueblo natal, en Bilbao, en el país hoy consagrado al corazón de Jesús, había en el templo de origen jesuítico, en la iglesia de los Santos Juanes, un altar—el primero a mano derecha, según se entraba—con un gran corazón rodeado de una corona de espejos, a modo de ídolo en él. Después lo quitaron y se nos dijo que las supremas autoridades católicas de Roma habían prohibido en la iconografía sagrada toda mostración de corazones que no fuese formando éstos parte de un cuerpo entero del Cristo. Queríase atajar el culto a las viscera separada del cuerpo todo glorioso. Comprendíase el camino de superterciario materialismo que con ello se emprendía. Luego vendría la cabeza, o la lengua, o los ojos, o los pies, o el hígado, ¡o quién sabe qué!

Pero el culto ese, apropiado a imaginaciones débiles, morbosas, incultas y groseras, el culto ese que nada tiene de racional y de sentimental muy poco—si es que no se reduce el sentimiento a palpitaciones cardíacas, como ocurre en histéricos y toda clase de enfermos y de degenerados—siguió siendo cultivado por los jesuitas y formando parte de su teatral y más bien cinematográfica liturgia. Los jesuitas propenden a que la procesión del día del Sagrado Corazón de Jesús celebrada pocos días después de la de Corpus, eclipse a ésta, que es la procesión más solemne según la Iglesia, aquella que preside el prelado y a que se ordena el asistir a los sacerdotes. Pues la suya, la de ellos, la jesuítica, ha de ser tan concurrida por lo menos como la otra y al paso del pedazo de madera tallado y pintado—casi siempre deplorable desde el punto de vista artístico—que representa a Jesús mostrando su corazón al descubierto—ya que no pueden llevar en andas un corazón sin más cuerpo—al paso de esa imagen se han de rendir los honores litúrgicos que al paso de lo que la Iglesia Católica cree y enseña ser el cuerpo mismo del Redentor. Y en los templos jesuíticos el altar dedicado a ese corazón suele tener un aspecto como de comulgatorio. E inventarán, si la Iglesia no les sigue yendo a la mano, la comunión hierocardiaca, la eucaristía del corazón. El vulgo de los católicos, los chapados a la antigua, los que se atienen a la tradición católica anterior al jesuitismo se contentarán confortándose el ánimo con la comunión eucarística, milenaria, pero ellos, los jesuíticos, los hierocardiacos, tendrán otra especial: la del corazón. Un piadoso respeto a las creencias que sostienen el ánimo de no pocas almas sencillas nos veda comentar ese empeño de reservarse una parte del cuerpo del Redentor, como la más tierna, y dejar el resto para los demás. Ni queremos entrar en el examen del corazón mismo, sus aurículas y sus ventrículos y su fascículo de Hisch, y sacar de ello consecuencias.

DE SALAMANCA
GREDONUSAL

Ese culto mongólico, tibetano, se apoya en las barrocas visiones de la Beata Margarita María de Alacoque, la monja jesuítica de Paray-le-Monial que en otras mirando una vez por la llaga del costado de Cristo, como quien mira por el ocular de un cosmorama, vió como un prado amenísimo. ¡Compárese esto con aquellas visiones puramente intelectuales, sin nada de prados ni de otras zarandajas cinematográficas, de que nos habla la Santa castellana de Ayala! Ese culto fué traído a España y dicen que ese corazón se le apareció, creemos que en Valladolid, al P. Hoyos, jesuita por supuesto, y le dijo: "Reinaré en España y con más veneración que en otras partes."

Al consagrar la Diputación provincial de Vizcaya al sagrado Corazón del ídolo jesuítico—que no de Jesús—aquella provincia, discutieron los diputados si la leyenda del emblema se había de poner en vascuence o en castellano. Es decir, en vascuence tampoco, sino en esa ridícula jerga, especie de esperanto o volapük, que no se ha hablado nunca y que los bizkaitarras han inventado para mejor no entenderse ni que los entienda nada, en esa desatinada jerga, especie de germanía de la incivilidad, es decir de la incapacidad civil y política. Porque esto es lo característico del bizkaitarrismo: su absoluta incapacidad política. Y en estos momentos gravísimos para toda España, ni ésta ni Vasconia, pueden esperar nada de esos desgraciados bizkaitarras hierocardiocacos amemados y entontecidos por una jesuítica educación incivil.

William James en su tan conocida obra sobre las variedades de la experiencia religiosa ("The varieties of religious experience") donde expresa su compasión por aquella pobre Beata Alacoque "tan débil de alcance intelectual", concluía, con todo respeto a las inocentes virtudes de San Luis Gonzaga, que la inteligencia de éste no era originalmente mayor que la de una cabeza de alfiler y tal es la idea que nos ha quedado de ese modelo jesuítico de la juventud a aquellos que en la nuestra se nos llenó los oídos con las alabanzas a ese novicio de la Compañía. Todo ello entre "dulcísssimos" con las muy arrastrada, y défficos y otros voquibles de la afemenida, que no femenil, liturgia.

Y en estos momentos, cuando el nacionalismo vasco, si fuese realmente tal, cuando el fiero espíritu de autonomía y hasta de independencia si se quiere, de nuestro noble solar vizcaíno pedía alguna declaración civil, política, social, no se les ocurre a esos desgraciados bizkaitarras hierocardiocacos otra cosa que consagrar la provincia a una idolatría jesuítica y no católica siquiera, mucho menos cristiana.

La teocracia es algo fuerte y recio; la cristocracia es algo fuerte y recio; la hierocardiocracia no es más que el entrónizamiento de la memez. Y la memez es cien veces peor que la tiranía. Vengan reaccionarios, vengan inquisidores, vengan fanáticos y enérgicos, pero que no nos venga ¡por Cristo! el bajo y ridículo materialismo litúrgico, la degradación mongólica del gonzaguismo. Seamos siquiera hombres ¡hombres por lo menos!

MIGUEL DE UNAMUNO

(Prohibida la reproducción sin citar la procedencia).